

Entrevista con Franco Volpi

La nada incomprensible

► El filósofo italiano asegura que actualmente se recurre a la palabra 'nihilismo' con mucha facilidad, por lo que el concepto se ha vuelto muy elástico e, incluso, abarca fenómenos opuestos

Jesús Salazar

Quizá el nihilismo sea uno de esos pocos fenómenos que una sola persona alcanzó a definir, profetizar y proclamar como nadie más, y su nombre se ha tatuado en la cultura y la conciencia de nuestro tiempo: Friedrich Nietzsche. La historia del nihilismo no es sencilla y más de una cabeza genial le ha dado vueltas sin lograr superarlo. El filósofo italiano Franco Volpi ofrece en el libro *El nihilismo* (Siruela, 2007) un camino para comprender el fenómeno en sus diferentes manifestaciones: el pensamiento, el arte, la ciencia, la técnica, la moral, su configuración histórica.

A decir del propio Volpi, el nihilismo —una palabra reservada hasta hace algún tiempo a pocas élites— es hoy expresión de un malestar de nuestra cultura, que se superpone en el plano histórico-social a los procesos de secularización y racionalización y, con ello, de desencanto y fragmentación de nuestra imagen del mundo, y que ha provocado en el plano filosófico, en lo que respecta a las visiones del mundo y los valores últimos, la corrosión de las creencias y la difusión del relativismo y el escepticismo.

Ya Nietzsche lo anunciaba como la abolición de los valores tradicionales, el politeísmo de los valores, la ruptura entre el mundo ideal y el sensible, el cuestionamiento de nuestras creencias, la indecibilidad de la razón, pérdida de la relevancia moral y religiosa de un mundo suprasensible, la desaparición de las categorías de verdad, fin y unidad, la asunción de la existencia —sin sentido ni objetivo— en un constante eterno retorno; en suma, la nada.

La lectura que ofrece Volpi es ineludible: "la profecía de Nietzsche —este Saulo raptado por la demencia en el camino a Damasco— se ha confirmado. El fuego que él encendió se extiende hoy por todas partes".

¿A quién le importa el nihilismo? O bien, ¿por qué tendría que importarnos el nihilismo?

Es que hoy se recurre a la palabra "nihilismo" con sorprendente facilidad. Siempre que se trata de explicar algo socialmente preocupante, no hay periodista o analista que no la utilice, sin preocuparse de precisar qué es propiamente el nihilismo. Así que mientras tanto este concepto se ha vuelto tan elástico que abarca fenómenos opuestos tales como el relativismo cultural y el terrorismo fundamentalista.

¿Podría ofrecernos una breve explicación del nihilismo?

Podemos tomarla prestada de Nietzsche, que ya en el umbral del siglo 20 lo describe con lucidez y claridad. En un importante fragmento del otoño de 1887, preguntándose qué es nihilismo, apunta: "Nihilismo: falta el fin; falta la respuesta al ¿para qué?; ¿qué significa nihilismo? Que los valores supremos se desvalorizaron". El nihilismo es entonces la situación de desorientación que surge cuando fallan los ideales y los valores tradicionales que representaban la respuesta al ¿para qué? y que orientaban el actuar del hombre. La condición del hombre contemporáneo es similar a la de un viajero que por largo tiempo ha caminado sobre una superficie helada, pero que con el deshielo advierte que la banquisa se va despedazando en placas. Análogamente, la superficie de los valores y los conceptos tradicionales está hecha añicos, y la prosecución del camino resulta difícil. Esa es la situación de nihilismo en la que nos encontramos.

¿Es posible leer a Nietzsche, y al nihilismo, sin comprender bien algunas categorías ontológicas, epistemológicas o teológicas?

Por supuesto que no. Sin un cuadro conceptual y filosófico adecuado nos quedamos, por así decir, ciegos. Mejor dicho: nos limitamos a una simple visión descriptiva y narrativa del fenómeno sin buscar sus causas, y como mucho contamos la historia del nihilismo, pero no llegamos a entender su lógica. La literatura es importantísima, indispensable, pero no suficiente. Necesitamos una visión interrogante, crítica. Necesitamos la filosofía.

¿Podría el nihilismo ser leído por las generaciones contemporáneas ya no

como decadencia sino como normalidad?

Mientras haya memoria de los ideales y los valores tradicionales, la condición de nihilismo será percibida como vacío: eso no es la pura nada sino un torbellino con su fuerza de atracción, que reclama algo. Mientras las cosas son así, el nihilismo es todavía una condición patológica. Pero cuando las cosas parecen ser tan sólo lo que parecen, pronto parecerán aún menos. Hasta que a la luz de la tradición se desvanecen: entonces la ausencia de valores e ideales ya no es vivida más como patológica sino que se vuelve normalidad.

La sutileza del nihilismo está en transformarse en una presencia doméstica y discreta que ya no inquiete. Así el hombre vive entre simulacros vacíos, sin percatarse de eso. En semejante situación no hay tan sólo olvido, sino olvido del olvido. Por supuesto, ésta es la forma más insidiosa de nihilismo, la más difícil de superar.

Musil, tal como se consigna en *El nihilismo*, afirmó que "Kant puede ser verdadero o falso. Epicuro o Nietzsche no son ni verdaderos ni falsos, sino que están vivos o muertos", ¿qué nos quería decir?, ¿quizá que Nietzsche no sólo es filósofo sino también testigo, y que su testimonio o vale o no vale?

La particularidad de Nietzsche como teórico del nihilismo —junto a Dostoiévski como escritor que mejor lo cuenta— es que su descripción es "operativa", es decir, no es simplemente un relato neutral sino que contribuye a producir el fenómeno que describe. Un poco como acontece con la prensa: para difundir un vicio o un mal acaba definiéndolo.

Llama la atención que la mayoría de los nihilistas que leyeron a Nietzsche muy pronto lo criticaron o previenen contra él...

Pues Nietzsche es un pensador tan provocador y radical que inmediatamente suscita la contraposición y la reacción. Frente a Nietzsche no

es practicable una actitud de simple repetición, sino tan sólo una actitud crítica.

¿A qué se refería Thomas Mann al decir: "¿Quién toma en serio a Nietzsche, quien lo toma al pie de la letra y le cree, está perdido"?

Muy probablemente a sí mismo, a la peligrosa presencia de Nietzsche en su universo mental. De hecho, en su obra, novelística y ensayística, se encuentran numerosas huellas de la lectura de Nietzsche. Inicialmente fue una pasión arrebatadora, después, frente a las consecuencias antihumanistas del pensamiento nietzscheano, se temerará en una más prudente admiración. El problema era y es ¿podemos sostener, con Nietzsche, algo como un derecho a la excelencia? El primero en proclamarlo fue Thomas Mann, quien defendió la aristocracia del espíritu y de la cultura (*Kultur*) contra los valores tan sólo materiales de la civilización (*Zivilisation*). El alma alemana sería atraída por la nobleza del espíritu, por la interioridad (*Innerlichkeit*) y la profundidad (*Tiefsinn*) de la vida con su insondable riqueza.

En cambio, la racionalidad abstracta e instrumental de la civilización sería la fuerza que domina el mundo occidental con el mito del progreso, de la economía, de la técnica, con la democracia reducida al principio formal del derecho de voto y a la tiranía de la mayoría. En sus *Consideraciones de un impolítico* (1918), Mann opone el espíritu heroico germánico a la actitud mercantil anglosajona, los héroes (*Helden*) a los mercaderes (*Händler*), el espíritu a la política, declarando que la "germanidad" es cultura, alma, libertad, arte, y no civilización, sociedad, derecho de voto. Después de la guerra corrigió sensiblemente esta posición y tomó distancia del radicalismo y rebeldismo nietzscheano. Nietzsche es peligroso.

¿Es posible hablar de "nihilismo responsable"?

Estoy convencido de que sí, en contra de la tremenda hipótesis de Dos-

toievski que dice: si Dios ha muerto, todo está permitido, es decir, si no hay vínculos trascendentes, no hay dónde fundamentar establemente la responsabilidad humana, pues el hombre es un problema sin solución humana. Entonces: cuando Dios muere (mejor dicho, cuando Dios se retira), el hombre se animaliza. La filosofía ilustrativa del Marqués de Sade muestra a dónde puede llegar una razón desprovista de Dios: su *Philosophie dans le Boudoir* es la antropología negativa que deriva de la completa ausencia de Dios. Sin embargo, debemos también poder pensar que el hombre sea capaz de inventar su libertad. Y que pueda y deba hacerse cargo de decidir su forma de vida, de elegir responsablemente qué quiere ser: ángel o bestia.

¿Es posible leer el arte, la literatura, las comunicaciones, la tecnología, incluso las leyes y políticas contemporáneas como una secuela del nihilismo?

El nihilismo es un fenómeno transversal que se manifiesta en todas las expresiones de la cultura contemporánea. La gran literatura europea del siglo 20, a partir de Dostoiévski y Kafka, el arte, la arquitectura, tan hábil en levantar edificios industriales, pero incapaz de edificar un templo o una iglesia; el cine, hasta la moda y los estilos de vida reflejan la difusión del nihilismo en nuestro tiempo.

Al hablar de nihilismo de manera implícita nos referimos al "nihilismo europeo", pero ¿tiene denominación de origen o es un fenómeno sin fronteras?

De hecho, Nietzsche muestra en su diagnóstico que el nihilismo es un fenómeno europeo, es la lógica misma de la historia de Europa, que para él es la historia de una decadencia, un proceso en el cual el originario equilibrio entre lo dionisiaco y lo apolíneo, el devenir y el ser, la vida y la forma, se corrompe produciendo el empobrecimiento y las desvalorización de los ideales, el

"desierto que avanza" del nihilismo.

Nietzsche lucha para contrastar esta tendencia y solicitar un contramovimiento que él espera encontrar en el arte como creatividad. Por eso Nietzsche se define como "el primer perfecto nihilista de Europa, que, sin embargo, ha vivido ya en sí hasta el fondo el nihilismo mismo, que lo tiene detrás de sí, debajo de sí, fuera de sí". Mientras tanto —como Ernst Jünger ha mostrado— el nihilismo ya no es tan sólo europeo, sino que se ha vuelto un fenómeno planetario. Hoy constatamos que es la única forma de globalización evidentemente lograda.

¿Es sensato enfrentar, luchar contra el nihilismo?

Hay baluartes donde podemos esperar defendernos de la avanzada del desierto nihilista, unos pocos oasis donde tal vez sea posible encontrar recursos simbólicos para brindar un sentido a nuestra vida. Semejante bastión, donde el espíritu sobrevive, es por ejemplo la interioridad.

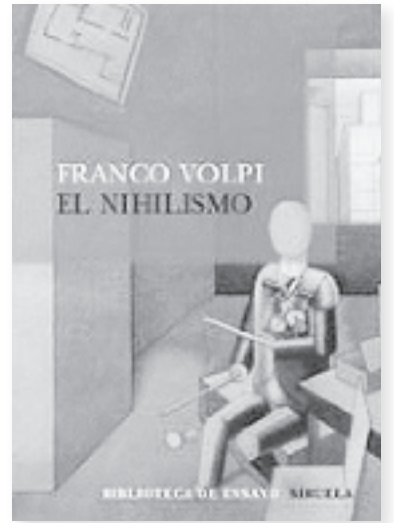
¿Nos hace falta perspectiva histórica sobre nuestro propio tiempo para comprender mejor nuestro papel en el nihilismo?

Estoy convencido de que sí, de que sin una orientación histórica —como sin orientación espacial— el hombre avanza a ciegas. Pero ¿qué quiere decir orientarse? La etimología enseña que significa encontrar el Oriente y desde allí definir los otros puntos cardinales (definición que presupone el sentido de la derecha y de la izquierda).

Eso vale no sólo para el espacio sino también para el tiempo y la historia: es preciso saber dónde estamos, de dónde venimos y adónde vamos.

El nihilismo, su libro, realiza la reconstrucción de una teoría y su génesis en autores y obras, ¿es necesario este background para comprender el nihilismo?

Ojalá sea útil para comprender mejor el fenómeno. Leer a los grandes



pensadores y escritores, dejarse informar y formar por sus obras, dialogar con ellos, no es fútil erudición sino componente esencial de nuestro saber.

Aquellos que se creen originales son a menudo, especialmente en filosofía, tan sólo ignorantes.

¿Podría explicarnos su manifiesto sobre la filosofía, según el cual usted posee "una convicción que vale para todos los verdaderos problemas filosóficos: no tienen solución sino historia"? Si la filosofía es interrogación crítica, ella mantiene el horizonte de la finitud humana abierto al problema, y nunca lo cierra con soluciones definitivas. La historia es el cementerio de las soluciones, y nos enseña que justamente aquellas que pretenden ser definitivas son a menudo el disfraz en el que se presentan nuevos problemas. Cierto, no queremos olvidar que la verdad está en la historia, pero la historia no es la verdad.

Si esto es así, entonces, ¿qué es un filósofo?

Aquel que es capaz de inventarse razones para dudar de lo evidente. Y que sabe adónde va el mundo.

¿Adónde va?

Hacia la misma transitoriedad de donde viene.

Filósofo y ensayista

Opinión

GERARDO MARTÍNEZ CRISTERNA

El nihilismo responsable

El concepto de nihilismo es el resultado de un diagnóstico atento a los síntomas de la cultura europea de principios del siglo 19, y viene a indicar la nadiación religiosa, cultural e ideológica en la que está envuelto un tipo de pensamiento que se ha diversificado tanto que ha borrado de los compromisos sociales, los valores que antes nos unían para sustentar nuestros ideales y nuestras identidades. Nietzsche cuestiona la supuesta raíz pura de estos valores y se da cuenta que los discursos moralistas son autoritarios y clasificadores: nos dicen qué es lo bueno, qué es lo bello, qué es la justicia, el valor, la paz...

Esto nos mostró que detrás de todo discurso establecido como correcto, existen diferentes formas en las que se ejerce poder. Este análisis lo realiza profundamente en dos obras: *Más allá del bien y del mal. Preludio para una filosofía del futuro* (1886) y *La genealogía de la moral. Un escrito polémico* (1887).

Todos estos síntomas, al ser percibidos como partes de una formación cultural, han engendrado una enfermedad general, pues la seguridad de los discursos teológicos ancestrales, de los discursos epistemológicos, metafísicos u ontológicos, se han caído en pedruzcos, al ser cuestionados radicalmente, lo que ha originado el advenimiento insuperable del nihilismo.

El problema ha sido que, antes de tomar una actitud de trabajo para el cambio de estas enfermedades en el presente y para curar las heridas que lleva nuestra cultura, hemos dejado que se reduzca la sa-

lud de nuestros pueblos y permitido que, a cada paso, se esté hundiendo más. Muchos decidieron darse por vencidos y dejar que los que imponen los nombres a las cosas continuaran construyendo castillos por los cielos: en la economía, la política, la educación, no hay resquicio donde el efecto de la nadiación no haya impactado.

Pero no pensemos que el diagnóstico nietzscheano es meramente un discurso pesimista. El nihilismo, como expresión de una lógica interiorizada por la cultura —no sólo en tiempos de Nietzsche, también hoy: el relativismo que afecta a las personas, los medios de comunicación, el complicado diálogo internacional en torno a asuntos irrenunciables como la vida, la arroldadora democracia sin criterios y populista—, es el resultado del dirigirse al pasado atentamente para hacernos ver que las culturas caen cuando están sustentadas en la pereza y en la indiferencia, resultado que hemos asumido cuando aceptamos que nuestras capacidades están reducidas al mínimo de nuestras potencias.

Esto significa que hemos entendido el nihilismo pasivamente. Pero éste no sólo tiene esa cara; con él, Nietzsche interpreta el pasado de Occidente y profetiza sobre su futuro —en este sentido, Marco Pannofino ha sido iluminador en su libro *Nietzsche: crítica y proyecto desde el nihilismo* (Agora, 2002). Analiza los casos en los que la nada sobre la que está sustentada la existencia (en el sentido de que no es posible determinarle caminos a la vida) afecta de tal forma al individuo, que toma la decisión de sentir-



se incapaz para superar sus metas.

El nihilista pasivo se pone a sí mismo fines y límites, y se convence de que le es imposible aspirar por sí mismo a una meta, por lo que tiene que adoptar la que le ofrecen los demás —es la dinámica vulgarizada sobre la que opera la diversión estilo Disney, el entretenimiento televisado, los malls, la fast food, etcétera. La lógica que subyace a esta actitud es la desconfianza a organizar su propia voluntad, el convencimiento de que no se posee la capacidad de unificar problemas para pensarlos y "crear" soluciones. Es pensar que no se puede ordenar el caos y dejar que las cosas sigan el camino que les ha tocado experimentar.

Friedrich Nietzsche (1844-1900) se convierte así en un profeta: detecta el advenimiento de una actitud que se interiorizará en la cultura occidental, continúa anidando en sus procesos vitales, comerciales, políticos y cotidianos. Nietzsche veía en tres elementos de su cultura el advenimiento de una actitud que inundaría Europa y a Occidente por los siguientes dos siglos: la imposibilidad de darle un estatus ideológico u ontológico a la guerra franco-alemana de 1870 —de la misma manera en que fue imposible hallar una fundamentación a las grandes guerras del siglo 20 y a nuestras guerras contemporáneas—, la formación de la opinión pública por parte de la prensa periódica —de la misma manera que hoy en día son los grandes corporativos de comu-

nicación los que marcan la agenda mundial y Wikipedia cumple el sueño enciclopédico de Diderot—, además de la influencia en el imaginario social por parte de los libros de "vulgarización-divulgación" de la cultura europea, desde los que se creía que podía haber un cambio ideológico en la cultura que fuese tan fuerte, que lograra llevar a Alemania a un estatus hegemónico frente a otros países europeos.

Políticamente hablando, era Francia quien le demostraba a Alemania el barbarismo cultural en el que se había internado, mientras que culturalmente, era la forma en la que el pensamiento estaba planteando los problemas de los que se debería ocupar la filosofía.

Así, Nietzsche observaba que el pensamiento necesitaba una reconstrucción, y ello tendría que empezar con el cuestionamiento de lo que somos; jamás para bajar la guardia, sino para comenzar a sopesar que las cosas podrían tomar otro rumbo. Pensaba que había algo interiorizado por la cultura alemana que la ponía en un estatus de barbarismo, había una moral que únicamente dejaba espacio para continuar con lo que estaba ya hecho, y con ello, reproducir las tristezas y depresiones del presente y del pasado.

El hombre necesitaba una reconsideración como forma de tomar nuevas fuerzas que pudieran confrontar a los viejos órdenes anclados en su política beligerante y sofocante. Era necesario el advenimiento de un hombre nuevo: Nietzsche lo llamó el *übermensch*, que no es un ideal, sino la forma de enaltecer al individuo sobre las posibilidades que la lógica anterior le tenía dispuestas.

El pensamiento nietzscheano surge como la impronta a un movimiento cultural que reduce al individuo a su mínima potencia. Parece que aún hoy continúa este malestar, pero ante él, en nosotros radica tomarlo o no como un proceso negativo. El famoso parágrafo 125 de la *Gaya ciencia* es quizá el resultado de esta forma de aprehensión de los vicios en los que la modernidad

y la ilustración habían incurrido al aceptar en sus filas tantas abstracciones como esperanzas, en las cuales depositaron el futuro de su cultura.

Pero en tanto que abstracciones y esperanzas, eran sólo ilusiones desde las que no se podría materializar el futuro de ninguna cultura. Es necesario que sepamos que la nada no es primaria, que las cosas no están determinadas a priori, lo que indicará que la vitalidad es fundamental para aumentar las potencialidades y, con ello, darle un futuro distinto a la cultura y la organización social.

Nietzsche cree que la energía del espíritu debe aceptar este cambio cultural —el nihilismo— como un horizonte de acción, asumirlo activamente a sabiendas que no tiene a sus espaldas una autoridad absoluta exterior, sino que desde sí mismo puede comenzar la creación de medios libertarios para la transformación del pensamiento.

Contrario a la modernidad, donde la libertad era un deseo distante, el nihilismo nietzscheano, tomado responsablemente, es una apertura hacia nuevos horizontes vitales, y tiene como premisa principal hacerse cargo de la libertad misma, incrementando las posibilidades propias para la transformación y liberación de las cargas que una cultura dominada por el resentimiento ha impuesto en el orden de las subjetividades generales —y que bajo el resentimiento ha visto nacer la vanidad como uno de sus paradigmas sociales: el escarpate, la moda, el consumo.

Y es en este rubro, donde las libertades se desplazan por el mundo sin autoridades, donde la responsabilidad tiene un campo más amplio para realizar su tarea. Un nihilismo responsable requiere mayor compromiso que cualquier otra forma de pensamiento, pues nos acerca a relaciones inmediatas con el mundo y con aquellos que lo habitan, de ahí que sea difícil tomarlo radicalmente como parte de nosotros.

Filósofo y ensayista